

XV
Concurso
Artístico y Literario 2025



OBRAS EN CONCURSO 2025

Organiza:

Patrocinan:



Facultad de Medicina
Clínica Alemana - Universidad del Desarrollo
Centro de Humanidades Médicas



CATEGORÍA FOTOGRAFÍA

Ojos de mar

“La imagen retrata a mi hija María en la playa, con el pelo cubierto de conchas y los ojos tapados por ellas. Esta composición invita a reflexionar sobre la conexión profunda entre infancia, naturaleza y salud. Al cubrir sus ojos con elementos del mar, María se funde con el entorno natural, en un gesto lúdico, pero también simbólico: mirar el mundo desde lo natural, dejarse habitar por él. La escena evoca la urgencia de reconectar con la tierra, el mar y sus ritmos, especialmente en la niñez, etapa clave para cultivar un vínculo consciente y respetuoso con el planeta. La salud humana no puede separarse de la salud del entorno; al cuidar la naturaleza, cuidamos también nuestro futuro”.



Lo que descubres cuando te detienes

“En medio de un jardín que amanece, los colores vibrantes del acer japonico destacan como un cuadro al óleo. Tonos rojizos, anaranjados y dorados obligan a poner atención en “lo que descubres cuando te detienes”. Esta fotografía se relaciona con el concepto de “Naturaleza y Salud” por la importancia de atender nuestros sentidos con la mirada profunda de lo simple y la invitación constante a mirar y remirar nuestro entorno como un testimonio visual de salud, bienestar y vida”.



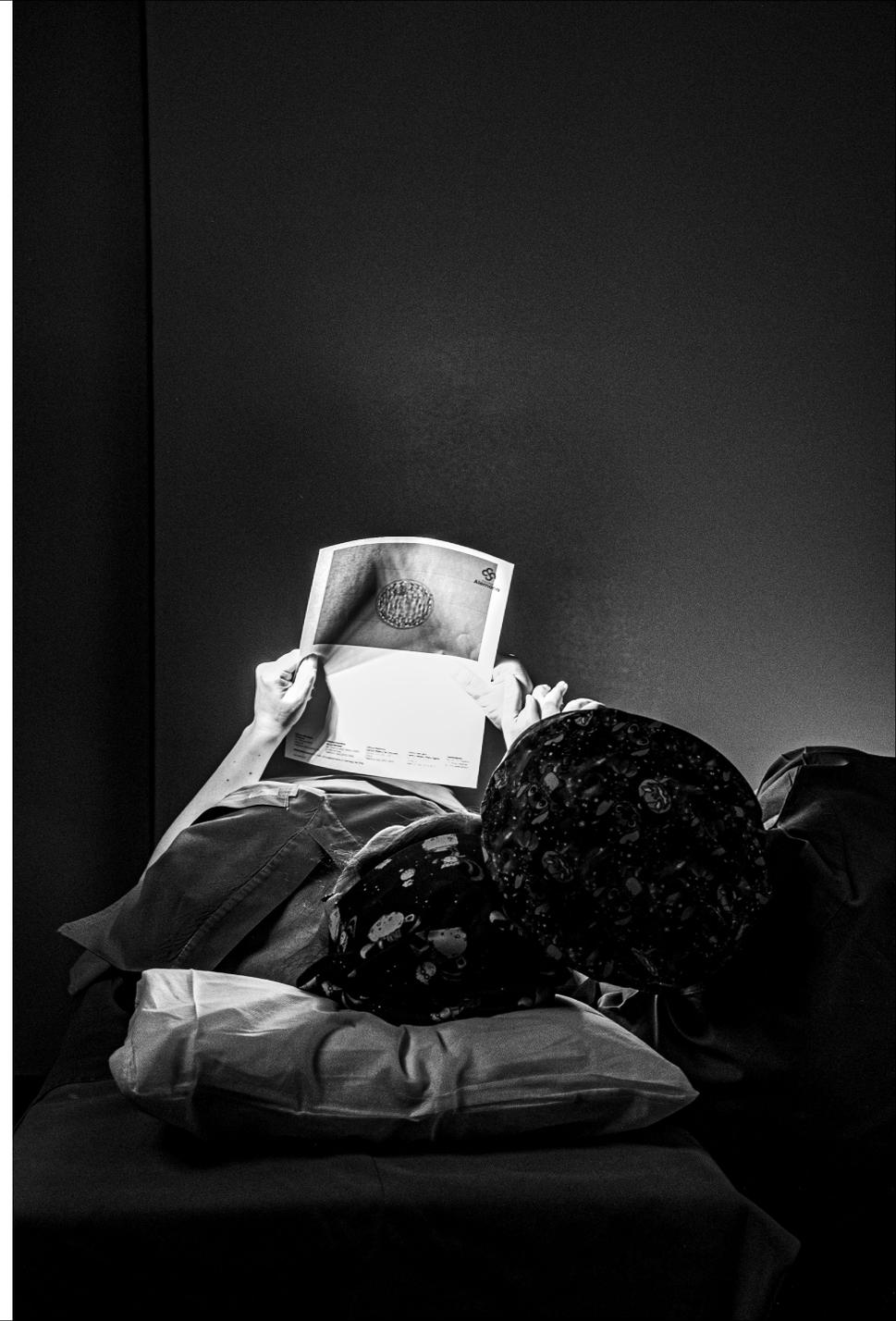
Gatito de casa

“La fotografía relaciona lo que es la naturaleza y el entorno junto al ser vivo y como esta lo influye en su comportamiento. En la fotografía, el animal, comúnmente interpretado como imponente o aterrador, tiene una mirada casi familiar, asimilándose al conocido gato doméstico o gato de casa. Indefenso”.



Origen

“La vida no siempre comienza con un llanto; a veces nace en silencio, en una sala, en un gesto. Esta imagen retrata la fuerza contenida en lo esencial: el deseo de crear vida y el acto de acompañarlo. En ella, la medicina no impone, honra los tiempos de la naturaleza. Porque cada nueva vida es un origen compartido entre ciencia, humanidad y planeta. Y no puede haber salud verdadera sin un mundo que la sostenga”.



Colosalidad Natural

“Busca retratar la inmensidad inherente de la naturaleza y sus paisajes, incluyendo una comparativa con el cuerpo humano y el contraste evidente que existe entre nuestra humanidad corporal y la naturaleza con su colosalidad”.



Lágrimas de agua

“La lluvia sobre los frutos nos recuerda la importancia del agua para la naturaleza y su belleza”.



Naturaleza en pausa

“Pensando en cómo convivimos con la naturaleza, la fotografía muestra una mariposa delicada, habitando sobre el marco de un espejo. Tranquila, en una pausa en su camino, sin dañar ni ser dañada”.



Un médico entre las hojas

“Una pequeña mutación, una serie de coincidencias, nunca lo sabré con seguridad, pero tengo puesto este delantal. Este delantal con el que trataré de ayudar al mundo que me rodea”.



Una chispa de vida en vuelo

“Este picaflor es endémico de la isla de Juan Fernández y está en peligro crítico de extinción. Con su plumaje encendido es símbolo de esperanza. Al igual que la salud humana, cada aleteo suyo nos recuerda que aún estamos a tiempo de proteger lo único e irrepetible”.



Sutilidad

“Siempre en mi familia la playa se ha considerado como sanadora, en la búsqueda del bienestar y salud”.



Contemplación

“La imagen nos invita a reconocer la fragilidad de lo que somos, aunque tengamos un inmenso potencial (semilla). Nos muestra los vínculos, frágiles en lo concreto, pero eternos metafísicamente y evidentes en la función común a todos los seres vivos: existir y dar vida. Nos invita también a la humildad de ser dependientes de circunstancias (el viento) ajenas a nuestra propia identidad, pero que son parte del todo al que pertenecemos. En la armonía de la convivencia coexistimos”.



Pequeños recicladores

“Los hongos juegan roles cruciales en los ecosistemas como descomponedores, recicladores de nutrientes, y simbioses de plantas y animales. Son esenciales para el ciclo de carbono, la salud del suelo y la supervivencia de muchas especies vegetales y animales”.



CATEGORÍA PINTURA/DIBUJO

Amar la naturaleza es amarse uno mismo

“Cuidar a todos los seres vivos es cuidar el futuro
y dejar un legado a nuestras familias”.



Corazón con flor

“El corazón como símbolo de salud que da origen a una rama floreciente, reflejando la manera en que nuestro bienestar físico florece al estar en contacto con la naturaleza”.



Mirando nuestro ser interno

“Estamos rodeados de naturaleza y vida, puente directo que nos lleva a ver la belleza de nuestras sombras, lo abstracto de nuestro sentir, el amor y el milagro de estar presentes en el aquí y ahora”.



Las tres hermanas

“Cuando pienso en cómo nos relacionamos todos en el planeta y cómo lo que afecta a uno afecta al otro, lo primero que se me viene a la mente es la leyenda de Las tres hermanas. Hay distintas versiones: visitan en un sueño mientras la persona espera la muerte, en otras, llaman en un campo a quien las necesita. Son una forma de cultivo sustentable: porotos, maíz y calabaza, al plantarlas juntas las tres hermanas se ayudan a crecer”.



Historia Azúl

“Desde lo profundo, una luz celeste asciende como símbolo de esperanza: el anhelo de comprensión mutua y la posibilidad de un mundo donde todos los seres tengamos un lugar, una voz y un sentido de pertenencia”.



Resiliencia

“Al igual que un ser humano, la naturaleza es un ser vivo, capaz de salir adelante con cualquier tipo de adversidad o problema, es capaz de renacer”.



Los ojos de la naturaleza



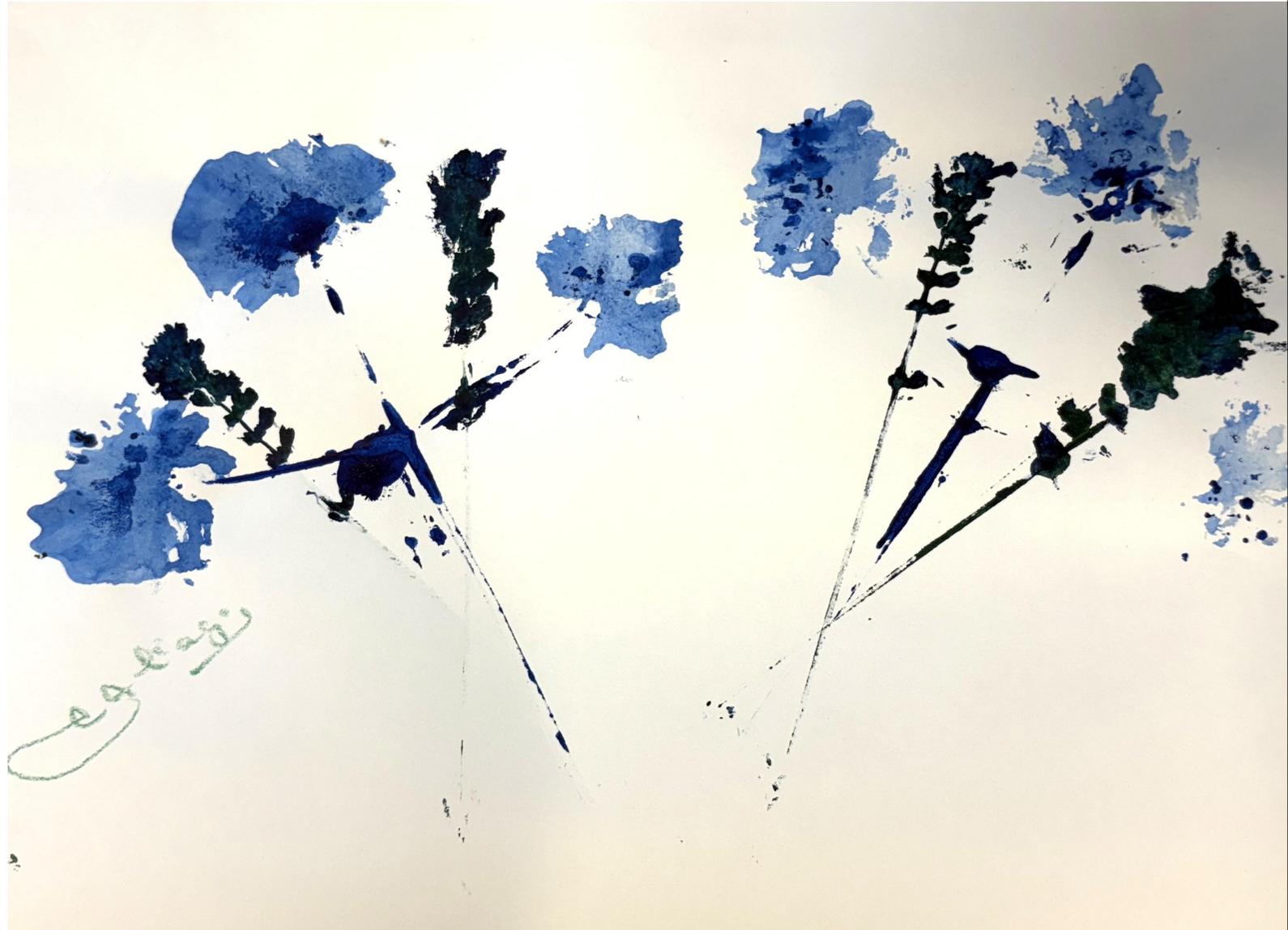
El encuentro

“Hemos perdido el contacto,
ya no sabemos quienes somos,
las lesiones no tienen apellido.
Rescatemos lo que nos queda,
volvamos a sentir el aliento
que nos hace sentir vivos”.



Flores de raíz y cielo

“Sanar la Tierra no es restaurar un paraíso perdido, sino tejer, con humildad y asombro, una nueva forma de estar juntos”.



Rocío después de la lluvia

“La obra evoca el sostén emocional y el equilibrio ecológico que posibilitan el bienestar colectivo”.



Picnic

“Con un toque de ridiculez, que es lo que me gusta añadir a mis ilustraciones, traté de hacer llegar una chispita de alegría. Me gusta pensar que aún si no podemos llegar a vivir en completa armonía, puedo alegrar el día con mi dibujo, sobre todo hoy, con tantas cosas deprimentes pasando”.



Colores de otoño



Huellas azules: diálogo con lo que fluye y sana

“El gesto comenzó en silencio. Las flores y ramas me ofrecieron sus formas sin pedir nada a cambio. Unté el azul -color del cielo y el mar que nos une a todos- y al estampar sus huellas en el papel, sentí la fragilidad y la resiliencia de un planeta donde cada ser es hilo en el mismo tejido. El diálogo entre manos, pigmento y naturaleza me hizo pensar que la salud planetaria no es dominio humano, sino una danza de reciprocidad. Cada imperfección en el papel —grumos, grietas, vacíos— se volvió símbolo de la belleza”.



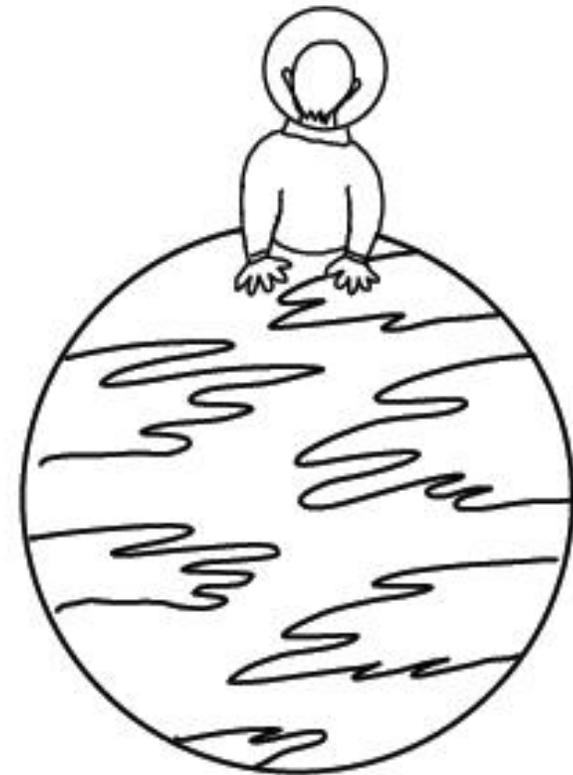
CATEGORÍA CÓMIC

Pablito vive en su mundo

“Mi obra habla sobre un niño con TDA, lo que muchas veces se asocia a "estar en la luna" o "vivir en su mundo". Busco que todos aquellos que tienen déficit atencional se sientan identificados y comprendidos, que sepan buscar ayuda si la necesitan y sentirse en salud... Cada mente es un mundo y conocer los distintos funcionamientos de ésta en nuestra sociedad, es un paso hacia saber vivir en armonía como seres humanos que comparten el planeta”.



Pablito vive en su mundo





Planeta mío

“A través de personajes antropomórficos que simbolizan fuerzas naturales se plantea una cirugía simbólica en la que se extraen del cuerpo humano los males que lo enferman: la guerra, la codicia, la contaminación, el egoísmo. Esta intervención no es solo física, sino espiritual y ecológica: muestra que sanar al ser humano implica también sanar su vínculo con la Tierra. Parte de las viñetas reflejan la toma de conciencia y el inicio de una nueva relación basada en respeto, armonía y equilibrio con los seres vivos y el entorno natural. Se propone que la humanidad no puede tener salud verdadera sin una relación sana con la naturaleza”.

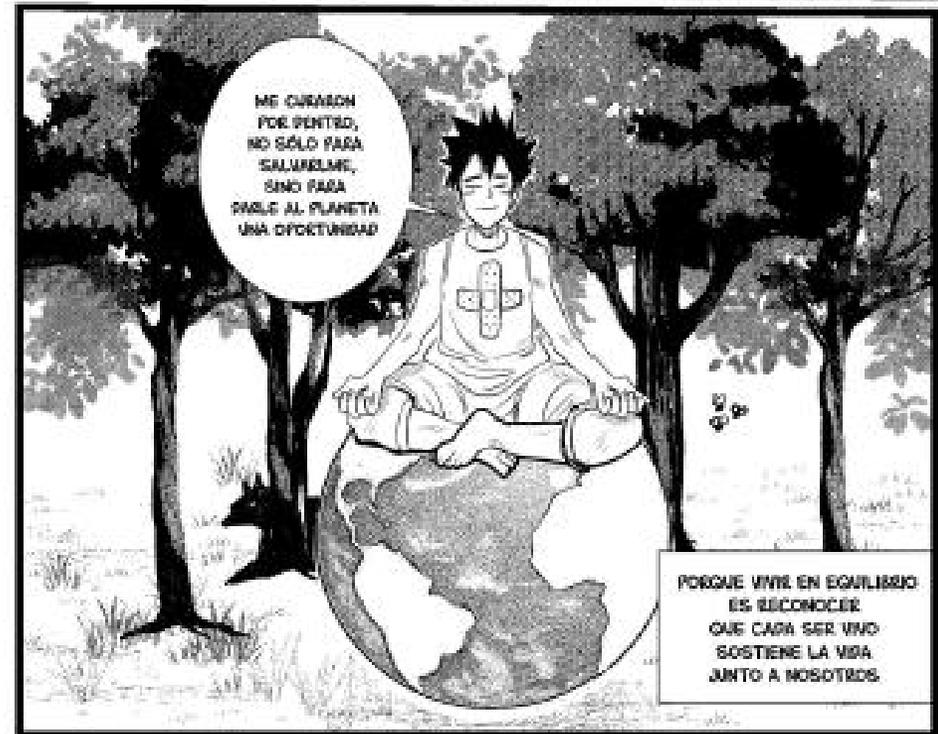






PERDON... PERDON
MADREL...
NO SE CUANTO
DAÑO TE HICE...
YO SOLO QUIERO
CAMBIAR PARA
CURARLOS A
TODOS

A VECES, PARA VIVIR EN UN MUNDO
SANO, PRIMERO HAY QUE
LOGRAR SANAR UNO MISMO



ME CURARON
POR SENTIDO,
NO SOLO PARA
SALVARME,
SINO PARA
DARLE AL PLANETA
UNA OPORTUNIDAD

PORQUE VIVIR EN EQUILIBRIO
ES RECONOCER
QUE CADA SER VIVO
SOSTIENE LA VIDA
JUNTO A NOSOTROS

CATEGORÍA MÚSICA

Décimas por la armonía entre los seres vivos

“Compuse una décima que a lo largo de sus estrofas desarrolla la temática de esperanza y un llamado cuidar lo que nos rodea, vivir con conciencia del resto y que tanto la naturaleza como la salud van de la mano para un futuro compartido. La decisión de interpretarlo desde el canto a lo poeta y el guitarrón chileno, donde en el folclore y en las tradiciones precisamente la naturaleza y la salud convergen, propagándose en el saber popular de distintos cantores, una elección de seguir con respeto ese mismo camino”.



Contamination

“Nuestra canción trata sobre cómo la contaminación va intoxicando nuestro mundo...parte desde la frustración y la rabia al ver que vivimos en un mundo tan destruido”.



CATEGORÍA POEMA

Historia Clínica Global

Te encontré tendido sobre la mesa,
con venas abiertas de selva y asfalto,

Tu piel seca por siglos de fiebre,
el aliento denso de humo y de plástico.

Tomé el pulso de tus polos,
Latías, sí; pero lento, confuso,
como un antiguo tambor que olvida su ritmo,
como un niño que deja de soñar.

Ausculté tu amazonas,
tus pulmones verdes,
Crepitos y estertores,
cuerpos flotando en su torrente café,
bosques cicatrizados de tanto corte.

Intenté reanimarte con palabras.

Alas del Alma

Te ofrendo mis vivencias
Mis perdidas mis luchas
Mis tristezas mis momentos
Los dejo volar como tú
Como tú que iluminas mi danza

Tú mariposa
Negra y profunda
Profunda en mi ser
Te ofrendo mis lagrimas
En mi danza del alma.

Mariposa protectora
Con tus alas negras
vuelo incansable,
rozando todo lo que está en tu camino
Como un colibrí

No recuerdo respirar

A veces me pregunto
cuándo fue que se detuvo el aire.

Ese que unía mi respirar
con el temblor de las hojas,
ese que hacía que el canto de un zorzal
me bastara de sobra.

Ahora todo es rápido,
brillante,
urgente.

Nadie se toca.

Nadie se oye.

Nadie se siente.

Ni siquiera cuando lloramos,
que terminamos haciéndolo
solo para grabarnos,
solo para recibir interacciones
y seguir scrolleando,
convirtiendo lo que antes nos hacía humanos
en mera posibilidad de contenido barato.

Yo no quiero eso.

No quiero vivir con audífonos
para, al que sufre, no lograr escuchar.

No quiero comer animales
que nunca vieron el sol,
que nunca pudieron respirar
ni tener más de dos metros para caminar
y una vida que puedan disfrutar

Los dos crecer

Hay dos tipos de crecer

Uno real y otro falso al parecer

El real dicta los árboles, animales y seres

En cuanto su altura, especie y sus enceres

Y el falso crecer, en su repudiable desmérito

Dice crecer los números y a su experto séquito

El primero no pide garantías ni oficios

El segundo pide rentas y sacrificios

El primero es longevo y sabio

El segundo es acerbo y zafio

El primero vela por la vida en armonía

El segundo obra por el ansia con desidia

El primero fue destronado no hace mucho

Y le han despojado hasta su significado

Ahora del segundo siempre lo escucho

Como si todo el mundo fuese un mercado

Queriendo Presente

Hospitales, casas y hoteles.

A veces, cuando uno sale de estos lugares,
se acuerda que el color verde existe.

Que susurra, mediante árboles y semáforos,
una pausa necesaria.

Pero no solo este está presente:

el café en otoño, que abriga del frío;

el celeste del cielo, que entrega la calma;

o calles que nos abren caminos de
concreto.

Son momentos singulares que te dan algo
distinto.

Se decodifican diferente en cada antena:

melodías iguales que suenan distintas
en los oídos de almas buenas.

Mirar al pasado

trae una melancolía ajena, o una calma
extrema.

Al futuro se le demoniza o se le ama:

no hay punto medio.

Spiegel im Spiegel*

Para cuidarnos, hay que desempolvar la mirada,
desarraigarse,
hacerse inmenso como el lenguaje,
el tiempo, el silencio
o la memoria.

Para cuidarnos, hay que aprender a escuchar:
la dulzura del frío invierno,
las palabras caídas,
el tiempo que cambia de sitio,
el cauquén colorado.

Para cuidarnos y volver a crecer mejor,
hay que nacer distinto.
Ser semilla o araucaria,
ser huillín, un huemul.
Mudar la piel, para no encajar,
sino para ser origen.

Para cuidarnos hay que dejar que crezcan copihue, huilli, azulillos
en el verbo que nos nombra
porque estamos hechos del mismo tejido.

Para vivir en armonía hay que apartarse de los márgenes,
cultivar la piel y regar la mente,
inventar el aire y soplar en otra dirección,
utilizar sinónimos porque nos quitaron todas las palabras,
despedirse para no irse,
pelear con el tiempo para que no pase,
perder la guerra para no luchar.

Trayectoria Acelerada

Línea geodésica delimitada por mi masa
Espesura de partícula de luz que se desplaza
Por una senda galáctica trazada desde ondulaciones gravitacionales
que me arrastran
Como si todo esto fuera realmente una danza
Que comenzó cuando todo era nada
Cuando éramos anhelo en caldo de conciencia sin materia condensada

Soy punto de luz en movimiento acelerado y sin estación de recarga
Me desplazo ligera por una ruta negra al borde de esta expansión
milenaria
Big bang sobre el cual he posado mi travesía, mi rumbo, mi balada
No veo más allá de mí, pues voy pulsando al ritmo de mis esperanzas
Mirando de lejos a otros en la misma inconmensurable hazaña
Nos sonreímos sinceros, entendemos por un instante esta odisea
extraordinaria

Solo a veces consigo mirar hacia atrás mi trayectoria dibujada
Revisitar mi vector mientras acelero en esta ruta elíptica sin pausa
Vejo polvo de estrella dorado y manso que me pasar descargando
Se pierde en el infinito entre agujeros negros que al tiempo relativo
alcanzan
Hasta que creo olvidar donde estuve y quien he sido en esta historia
vasta

Y me pregunto si todo esto tiene algún sentido, alguna enseñanza

Viajero

Recorre mi mente caminante
los tiempos y las historias,
traviesa, nunca vacilante.

Leyendo con serio el semblante,
accede a ajenas memorias.

Tanto historia como ficción,
visita muchos ricos relatos.

Si el alma encienden, de repetición son inmediatos

Es un viaje de reconstrucción:
Descripción, sensación y acción.

Miró la cordillera: gigante monte.
Por la ladera descendió caminando,
Con la vista fija en el horizonte,
so riesgo de adelantar rodando.
No se asustó, siguió disfrutando.
Iba llegando de Valparaíso,
ya asomándose al valle de Santiago.

Pensamientos varios de una mañana cualquiera

Las familias antiguas tenían muchos hijos, dicen que era porque no había tele.

Pero en la década de los 80, si había tele, pasábamos horas frente al televisor los sábados, viendo concursos de belleza, series extranjeras, teleseries y aun así las familias eran grandes.

Además de jugar con (y comer) tierra, tocar el timbre de una casa y correr, teníamos panoramas familiares como hacer durar un litro de bebida gaseosa todo un fin de semana, usar la ropa que quedaba de mi hermano mayor, cocer los botones, poner parches e incluso zurcir calcetines, no imaginábamos un cementerio de ropas en el desierto.

Hoy hay menos hijos, aunque hay más tele nadie ve tele.

Sus hijos son su gato y su perro, y no cualquier perro, un perro que parece una raza grande en miniatura.

Dicen que es muy caro tener hijos: “es caro el kilo de guagua”. Pero no saben que la mascota puede ser más costosa aún.

Que los pañales, que la ropa, que la cuna, la silla para el auto, la sala cuna, el jardín infantil, el colegio, el médico, los medicamentos, la universidad, el psicólogo (ya no basta el solo consejo del padre o la madre, hoy mejor que quien les digan cómo se hacen las cosas sea un psicólogo).

Elementos

En mi pequeño planeta,
ínfima parte del cosmos
Me detengo por momentos
a agradecer esta vida.
A valorar y admirar
aquello que me regala
la sublime sincronía.

Cuatro son los elementos
que lo forman, lo sostienen.
Aire, agua, tierra y fuego.
Mágicos y esenciales.
El sustento cotidiano
del misterioso existir.

AIRE

Un cósmico navegante
sin sabor y sin olor.
Invisible y tan presente.

Vendavales revelan tu carácter.
Las campanas delatan tu presencia.
Mientras alzas bandadas de hojas amarillas;
remolinos de polvo
en el cielo se dispersan.

CATEGORÍA CUENTO

La Convención

Ocurrió hace un tiempo una reunión muy particular, llevaba varios años siendo programada, con mucho detalle y esmero, hasta que al fin resultaba. No era fácil que a todos a quienes se había convocado pudiesen asistir desde diferentes partes del mundo y del país. Cada uno con sus dificultades particulares para poder trasladarse de forma segura desde los diferentes y distantes lugares.

Pero finalmente ocurrió y se reunieron como estaba previsto, leyeron la pauta y se fueron trayendo los temas a discutir en un orden estricto. Que al principio fue muy apegado al guion, pero que más tarde fue dando paso a un encuentro menos serio, de más relajo, soltura y buen humor.

Cada quien contó su historia, sin ninguna interrupción, y luego de haber acabado el silencio varias veces –y por varios segundos– se quedó.

Comenzó una rata vieja, que no tenía ya casi pelo ni visión, pero aún en su cola y patas tenía buen color:

–Gracias a todos y todas quienes pudieron venir hoy, mucho tiempo este encuentro por todos fue anhelado y me alegra ver que ha podido ser concretado.

La rata vieja hace una pausa para respirar profundo. Luego carraspea varias veces, como aclarando su garganta, la cabeza ladea y la mirada levanta. Ahora sí, se siente lista para nuevamente hablar:

–He aquí hermanos mi historia. Algo es que todos tenemos en común, y es que, por mucho tiempo, nosotros –así como tantas y tantas generaciones que nos precedieron– creímos que el mundo era uno de muy poca luz.

–Como todos aquí bien saben, encerradas y producidas en serie nos trajeron a esta realidad a existir, en condiciones de “experimento” y muchas veces a sufrir.

Intenta continuar, mas le conmueve ver la atención con la que toda la audiencia en ese momento se ha detenido a escuchar. Sabe bien que sus palabras pueden muchas heridas tocar, allí en lugares sensibles y profundos, que a algunos aún les cuesta detenerse a mirar. Al fin, una tibia sonrisa logra esbozar, y sigue:

–Aún recuerdo el día en que mi consciencia despertó y miré asombrado el mundo a mi alrededor. Me sentí un individuo que es dueño de su propia voz, y no una máquina animada por la comida

Don Luis y Diego

I.

Estoy cansado. Tantos años haciendo lo que tenía que hacer y ahora me encuentro solo, sin ella, presenciando una vida que a ratos se me hace cuesta arriba.

Tengo 89 años y ya vi todo lo que tenía que ver. Tuve el amor de la mejor mujer, eduqué bien a mis hijos -son todos ciudadanos responsables, solventes y amables- y ahora quiero estar tranquilo. En realidad quisiera ya no estar aquí (sin ella me cuesta verle el sentido a esta cuestión), pero cumplo la ley. Y en Chile la eutanasia no existe. Jamás incumpliría una norma, jamás denostarí a la autoridad. Soy de los que valoran el respeto a los mayores, que ven el sentido de las tradiciones y que se sienten orgullosos de su patria con su bandera, escudo y demás símbolos patrios tal como fueron concebidos, sin modificaciones ni actualizaciones.

Mis días son todos casi iguales y, en realidad, no están tan mal. Veo películas de Netflix y esta otra cuestión que los niños me contrataron, reviso y mando whatsapp, me como todo lo que me prepara nuestra fiel Emelina (45 años en esta casa), leo El Mercurio y, con suerte, recibo alguna visita. De un familiar, por supuesto. Esos encuentros me hacen pasarlo bien, hasta me río. Me gusta escuchar las historias de mis nietos: son audaces y tienen sentido del humor. Creo que me quieren mucho. En realidad soy bien fan de mis hijos y de mis nietos, pero todo lo demás que me rodea se me hace tan ajeno. Los jovencitos tarados a cargo del país tomando decisiones irresponsables, el olvido de la moral y las buenas costumbres, la falta de respeto a la autoridad, el auge de esta payasada que llaman “causa LGTB+” y, para más remate, esto de que hay que preocuparse todo el rato de “el planeta”. Como si los seres humanos no fuéramos más importantes.

Mi gente, como me gusta llamarla con cariño, es bastante razonable. Claro, a veces me parecen más de avanzada de lo que me gustaría (niñitas que viajan solas, que se cambian de color de pelo, matrimonios que pasan más tiempo que lo razonable separados, parejas que discrepan en público) pero con todos se puede dialogar y encontrar puntos en común. Con ellos estoy bien.

Llegar a la raíz

Sobre la vida de Amadeo Ventura no se sabía mucho. Su historia estaba envuelta en un halo de misterio que jamás logró disiparse del todo. Nadie conocía con certeza dónde había nacido, si era cercano con sus padres, o incluso cuántos años tenía realmente. Algunos vecinos juraban que lo habían visto en la provincia desde tiempos inmemoriales, como si fuera parte misma del paisaje. Aquello era imposible, claro; él era mortal como cualquiera de nosotros. El punto es que era, para muchos, una presencia constante, como la niebla en una mañana invernal o el canto de las aves cuando caía la tarde.

Vivía apartado del resto, en una parcela ubicada en las afueras del pueblo, justo sobre un promontorio que dominaba el valle entero. Desde allí, su casa de madera se asomaba con suma timidez entre los árboles, como un secreto bien guardado. Aquel lugar, por aislado que fuera, le otorgaba una vista privilegiada: campos verdes ondulando con el viento, caminos de tierra que serpenteaban hasta perderse en el horizonte, y los tejados de las casas diseminadas como pequeñas pecas color terracota.

El sendero que conducía hasta su hogar estaba flanqueado por litres y boldos, cuyos troncos torcidos parecían contar historias antiguas. Entre sus ramas, la luz se filtraba en forma de destellos dorados, danzando sobre la tierra húmeda y las piedras musgosas. Ya en la cima, los visitantes podían encontrarse con un jardín casi encantado: limoneros altos que esparcían su fragancia por el aire, laureles que susurraban con la brisa, y una alfombra de pasto verde intenso entrelazada con flores silvestres y enredaderas rebeldes.

Pero había un detalle que capturaba de inmediato la atención de cualquiera que visitara aquel paraje: un majestuoso maitén que se alzaba con imponente presencia en medio del terreno. Sus ramas se extendían como brazos protectores, proyectando una sombra fresca y acogedora. Aquel árbol, dicen, se podía ver desde cualquier rincón de la provincia. Era un faro vegetal, una especie de vigía silencioso que parecía cuidar no solo la casa, sino también la provincia entera.

Luna creciente

Sentía su corazón latir aceleradamente. Podía oírlo en el silencio y era lo único que le indicaba que estaba realmente viva en este lado de la realidad. Sabía que no estaba sola, compartía con otros, que, como ella, habían quedado atrapados en este pueblo decadente, dueño de una belleza magnética, a pesar de todo. Aunque el paisaje se parecía a aquellas fotos antiguas que había visto del planeta Marte, y la vegetación comenzaba temerosa, a aparecer nuevamente entre los valles y colinas, los atardeceres seguían siendo hermosos y le hacían viajar hacia el océano, donde imaginaba al sol agonizante, esconderse cada día.

La entristecían los recuerdos de aquella flor amarilla que la vigilaba desde fuera de su ventana todos los veranos de su infancia, el sabor del chocolate caliente en los inviernos, la fuerza del viento y el mar en la cara, el ruido de los grillos en la noche y el llanto de Maurice, su hermano pequeño. Nunca más volvió a escuchar el llanto de un niño. La idea del futuro la aterraba.

Su madre, una alemana hippie que conoció a su padre unos cuantos años antes de que todo estallara, había decidido llamarla Luna, simplemente Luna. No recordaba su apariencia, pero sí su canto lejano en un idioma desconocido. Su abuelo, decía que, si la luna tenía poder sobre las mareas e incluso sobre el largo de nuestro cabello, ella tendría el poder de cambiar el mundo, el mismo que se había retrocedido mil años por la ambición de unos pocos y el silencio de muchos. En su cabeza, el planeta se había reducido a su aldea y a los días interminables, la lluvia y la escasez, el hambre y el miedo.

Su padre había alcanzado brevemente a enseñarle el valor del conocimiento y le había legado algunos recuerdos familiares, que se hacían cada vez más difusos. Era un hombre pacífico, culto, un libre pensador. Había estudiado medicina en su país, donde nunca pudo ejercer en medio de golpes de Estado y revueltas políticas al que él no veía sentido. Sobrellevaba con dignidad y tristeza el destierro. Era de aquellos médicos sencillos, con vocación genuina. Su prioridad y también su mayor debilidad, eran sus pacientes y sus familias, especialmente las más vulnerables. Siempre se negó a que un robot, aunque fuera perfectamente capaz de examinar y diagnosticar, hiciera su trabajo.

El doctor Pico Rojo

En una caleta ventosa y brillante, donde las olas rompían con fuerza sobre las rocas y el viento olía a sal, vivía un viejo pilpilén llamado Pico Rojo. Sus plumas eran cafés como la leche con Milo y tenía las patas largas y naranjas como zanahorias frescas y un pico rojo encendido como la primera luz del amanecer. Pero, lo que más lo distinguía entre su gente, era su vocación y su dedicación. Pico Rojo no era solo un ave más del humedal, él era el médico de toda la comunidad de Punta Itata.

Cada día, con su cuaderno hecho de madera de balsa y algas y su estetoscopio de algas trenzadas y una concha de mejillón, recorría las pozas de marea, los juncos del estuario y las grietas de las rocas donde sus pequeños pacientes esperaban.

“¡Buenos días, doctor!”, le decía una gaviota vieja con voz ronca y él la ayudaba.

“¡Pico Rojo, me duele el ala!”, chillaba una garza inquieta, y él la ayudaba.

“¡Doctor, el agua me pica las plumas!”, se quejaba un pequeño zarapito y él le ayudaba.

Pico Rojo tomaba nota, los escuchaba con atención, recetaba baños de barro, dietas con más camarones o descanso entre los pastizales. Pero con el tiempo, algo cambió. Ya no le llegaban dos o tres pacientes al día. Llegaban veinte, luego treinta, luego más.

Un día de invierno, cuando el cielo estaba cubierto de nubes grises y el mar rugía como un gigante enojado, Pico Rojo no pudo más. Se detuvo frente a la comunidad reunida en una duna.

“¡Queridos vecinos!”, dijo con su voz firme y decidida. “No es normal que tantos estén enfermos. Las algas están podridas, los peces saben raro, y muchos tienen tos o heridas en las patas. ¿Qué nos está pasando?”.

Una vieja lobo marino con pelaje gris alzó la voz: “Yo creo que es el agua. Hace meses que sube oscura desde el sur. Y huele mal, a pescado podrido y aceite”. al agua del mar.

Un grano de arena

A veces me detengo a mirar el cielo nocturno y me invade una sensación difícil de explicar. Es como si por un momento, todo lo que soy —mis pensamientos, mis problemas, mis sueños— se redujera a algo casi imperceptible, a un suspiro en medio de un gran universo.

Fue en una de esas noches que mirando al cielo, cuando las estrellas parecían parpadear con más intensidad, que recordé una conversación con el profesor Manríquez, astrónomo de la Universidad de Chile, en un retiro astronómico sobre el planeta tierra y el universo. Le había preguntado con genuina y expectativa curiosidad:—¿Profesor, cuántas galaxias existen en el universo? Él sonrió, como quien ha escuchado esa pregunta cientos de veces, recuerdo que su rostro se iluminó en la belleza de su respuesta. Se agachó, tomó un pequeño puñado de arena en su mano y me dijo:—Cuenta los granitos, uno por uno, ¿puedes? Cada uno de ellos es una galaxia.

Desde entonces, entendí que somos casi un átomo dentro del universo, pequeños, diminutos. No insignificantes, pero sí parte de algo inmensamente vasto.

Esa noche mirando el cielo no conseguí dormir. Me quedé pensando en los granitos de arena que había dejado caer el profesor entre sus dedos, cada uno representando una galaxia, con sus propias estrellas, planetas, lunas, soles ¿Cuántas civilizaciones fuera de la vía láctea estarán preguntándose lo mismo que yo en ese instante? ¿Habrá otro alguien, allá lejos, mirando su cielo con la misma mezcla de asombro y maravilla?

Al día siguiente, me levante temprano y volví a buscar al profesor.

—¿Profesor? —le dije, casi con vergüenza—, sobre la pregunta de ayer, quedé con una duda, ¿Dónde quedamos nosotros en todo esto?

Manríquez me miró con sus ojos profundos, cansados pero brillantes. Me hizo entrar a su oficina, donde libros polvorientos y fotografías de nebulosas cubrían cada rincón. En el centro, colgando del techo, había un móvil con planetas suspendidos en órbitas metálicas, girando lentamente.

—Nosotros —respondió— somos conciencia. Y eso ya es algo extraordinario. En medio de tanto caos, de tanta materia oscura y vacío, hay un ser que puede detenerse, mirar hacia arriba y preguntarse. Soy algo tan diminuto dentro de tantas galaxias y tengo un solo un planeta, mi planeta y lo debo cuidar. Me quedé en silencio. Aquel día, más que datos, cifras o mapas estelares, el profesor me regaló una perspectiva. Una que me acompañaría durante el resto de mi vida.